

Un libro sobre lo triste que es volver

Volver para qué. Crónica sobre el desarraigo

DANIEL RIVERA MARÍN

Fondo Editorial Universidad Eafit/
Alcaldía de Medellín, 2014, 131 pp.

DESDE 2005, en Medellín, gracias a las convocatorias públicas para el fomento y el estímulo al arte y la cultura, se empezaron a entregar premios a obras literarias terminadas y en proceso que nunca resultaban publicadas. Surgió entonces “la idea de crear un Fondo Editorial, para que la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín, en asocio con las editoriales locales, imprimiese dichas obras”

Este libro hace parte de esa colección. En 2013, su autor, Daniel Rivera Marín (Aguadas, Caldas, 1986), ganó la Beca de Creación Literaria en Periodismo Narrativo. Así que, junto al fotógrafo Julio César Herrera, se dedicó a viajar por el Oriente antioqueño para recoger las historias de quienes decidían volver.

Después de Siria, Colombia es, según un informe de las Naciones Unidas de 2014, el país con más desplazados: más de cinco millones. Desde hace unos años, las políticas gubernamentales han promovido el retorno de los desplazados a sus casas y fincas, así como la recuperación de sus tierras. Pero, ¿es fácil?, ¿qué tanta resistencia encuentran a la hora de regresar?, ¿cuáles son los fantasmas del pasado que aparecen? Esas, y muchas más, son las preguntas que Rivera se hace durante todo el camino, y que no busca responder. Más bien, lo que desea es mostrar que, para el individuo, las soluciones van más allá de los discursos públicos en los que el político de turno dice a todo pulmón que una u otra zona ya es segura, y que quienes tuvieron que huir de allí ya pueden volver. Sí, ¿y después?

Esta larga crónica cuenta lo que sucede cuando el desplazado deja de ser noticia, y no porque ahora pida limosna en las calles (algo a lo que ya nos hemos acostumbrado, qué tristeza), sino porque volvió a su tierra y las cosas no le resultaron tan fáciles como se podría esperar. En un país de

un periodismo tan inmediato, tan de “chiva”, nos hemos olvidado de lo que pasa *después*: eso ya no es noticia. Y Rivera se arriesga a hacer periodismo desde ahí, desde lo olvidado. Lo hace de una forma muy personal, enredando la narración con sus recuerdos, como quien da un testimonio. Como un desplazado más que también se pregunta: “¿Volver?, ¿para qué?”. De ahí que comience así:

Debajo de las camas, en las casas de mi niñez —que fueron tantas, todas de arriendo—, siempre había un nudo de maletas. La más grande contenía al resto. Y era un terror verlas por ahí, sobre todo una de cuero café que mi madre aún conserva, porque así me enteraba de un nuevo viaje. A veces se trataba solo de visitas a familiares: a Manizales, a Armenia, a Pereira, a Belén de Umbría, a Medellín. Otras veces era una despedida definitiva, al menos eso creía. Pasamos de ciudad en ciudad, buscando futuro, buscando empleo, vivos de puro milagro, como tantos. (p. 9)

No se trata de un simple artificio literario. Al paso de las páginas, el lector va descubriendo que Rivera también tiene una historia personal que contar: una historia de violencia, pobreza y desplazamiento, lo que nos recuerda que las migraciones forzadas en Colombia —a veces lo olvidamos— no son cosa solo de las últimas dos décadas del conflicto armado entre izquierda y derecha, sino una triste costumbre paralela a nuestra historia. Nuestras guerras, todas, siempre han implicado destierros, huidas: “tienen tantas horas para irse”, “esta tierra ya no es suya”, “no respondemos si se quedan”, “aquí no queremos liberales”, “aquí no queremos conservadores”, “aquí no cabe nadie de izquierda”, “mija, agarre los corotos y a los niños y vámonos para Bogotá o para Medellín”. Así le pasó a mi papá, así le pasó a mi mamá, por allá, en los años cincuenta. Pero bueno, esa es otra historia.

Rivera escribe fluido y tiene talento para contar con cierto orden, con cierta estructura. De ahí que la lectura se desarrolle rápidamente, sin sobresaltos. El libro va de lo macro a lo micro: si bien arranca con los recuerdos del

autor, pasa después a contar cómo las FARC, el ELN y las autodefensas se disputaron el territorio del Oriente antioqueño. Aparecen entonces las cifras y la historia política, hasta que lentamente, de una forma muy sutil, la narración se mete en un bus y se pierde en los pueblos de esa zona del país, y todavía más, en las historias de quienes tuvieron que sufrir la guerra, se vieron obligados a huir, y ahora están de vuelta. ¿Y para qué? ¿Para qué volvieron?

Las respuestas, hay que decirlo, no son positivas ni esperanzadoras. Rivera y Herrera andan de pueblo en pueblo recogiendo testimonios —a cual más estremecedor— que aparecen en el libro como pequeños relatos, como historias que conforman una sola, y que en últimas, sí, se parecen tanto que son la misma: “nos lo mataron”, “nos amenazaron”, “nos tuvimos que ir y ahora volvimos”. Todo a la brava, todo obligado. Sin consulta, sin que les pidieran permiso. La deshumanización del conflicto. En una de las páginas se lee:

Bertha, que habla en diminutivo, en la sala de su casa, que no es la sala sino un corredor pegado a la vía por la que pasan los camiones que hacen que todo tiemble, dice, humilde, que cuando llegó, su sobrino no quiso desocupar y a ellos les tocó meter “abogadito”, tres años luchando, pasando hambre, de “arrimaditos” por ahí en cualquier casa que les prestaran, jornaleando todo el día, y ella, que sufre de la columna y no puede hacer mucha fuerza, pasaba las peores noches. Y con todo eso, dice, lo más duro de volver es que empezaron de cero, “iniciando el negocito a ver quién nos fiaba cualquier cosita para vender”. (p. 46)

A Bertha no le fue mal, habrán pensado algunos; le hubiera podido ir peor, habrán dicho otros. Y quién sabe, a lo mejor es cierto, porque están los que volvieron pero no pudieron contar el cuento: a unos los mataron, otros no quieren hablar y son muchos los que tuvieron que devolverse para la ciudad, porque no encontraron que hacer, porque la tierra ya no era de ellos, porque las amenazas regresaron, como si estas nunca se hubieran

PERIODISMO		RESEÑAS
<p>ido, como si estuvieran ahí, quietas, esperándolos.</p> <p>Ahora bien, alguien podría decir que hay algo muy discursivo, muy de opinión, detrás de estas crónicas: la idea del mismo Rivera de que volver no es fácil. Bien podría haber hecho un libro sobre el lado positivo del regreso, yo qué sé. Es más, en algún momento anota, como quien quiere dejar las cosas claras: “Pero volver —insisto en esto— no es todo lo fácil que se dice. Se vuelve más viejo, se vuelve después de llevar el bulto —el bulto que es la vida—” (p. 76). En un país en el que se siguen presentando tantos atropellos, en el que tantas historias quedan sin contar, ¿vale la pena dedicar un libro a las tristezas del regreso? ¿A los entrevistados por Rivera no les fue, en últimas, mejor que a la mayoría? Pudieron volver; ahí están, mal que bien, de nuevo en sus pueblos, en sus casas, con los parientes que la violencia no se llevó. Digamos que sí. Y sin embargo...</p> <p>En primer lugar, no tiene nada de malo que Rivera trace su libro, desde el inicio, con una dirección, con una gran pregunta. Así se hace el periodismo. ¿De qué otra forma podría haberlo hecho? Pero además el tema del regreso no es tan superfluo ni mucho menos: es prioritario en todos los estudios que se hacen sobre el desplazamiento, porque, más allá de las cifras globales, para la persona que se fue, y volvió años después, implica al fin afrontar el pasado, aceptar lo perdido, volver a empezar... Es involucrarse con lo que sucede en la mente de esos millones de colombianos que están regresando a sus regiones y que, como lo planteé anteriormente, ya no son noticia. No por nada el regreso es tema de estudio y trabajo en el Centro de Memoria Histórica y forma parte de los lineamientos de la caja de herramientas de esa institución, el instrumento pedagógico con el que se está llegando a los colegios y que educará a todas las próximas generaciones en temas de paz.</p> <p>Sí, anotaba párrafos atrás que la lectura fluye con facilidad; sin embargo, cuando se cierra el libro le queda a uno la sensación de que el narrador dijo muchas veces lo mismo usando diferentes palabras. Hablo de ciertas búsquedas poéticas, aforísticas y absolutas que, cuando se usan en exceso,</p>	<p>resultan pesadas, porque además no son descriptivas de algo concreto, sino muy abstractas, muy personales. Poco periodísticas, en últimas. O, al menos, poco relacionadas con ese nuevo periodismo o periodismo literario con el que se puede relacionar el texto. Cada dos páginas uno puede encontrar frases como: “Lo de Colombia es irse para volver. ¿Volver adónde?” (p. 116). “Volver. La palabra, el verbo, las razones. Volver, mudar, dar vueltas. Volver para qué sino apenas entender, escuchar, dar vueltas” (p. 22). “Volver para encontrar cosas terribles. Y después de eso ya no queda adonde volver” (p. 38). “Volver es empezar sin nada, es como nacer, solo que peor” (p. 48). “Aquí nadie quiere volver, no tienen adonde” (p. 114). Y la lista sigue. Cuando uno se encuentra con estas frases por primera y segunda vez, les da cierto rol de importancia, siente que le quieren decir mucho; pero cuando se vuelven comunes a lo largo del libro, toman un aire banal: de recurso viciado. Entonces, las preguntas aparecen: ¿para qué?, ¿de qué sirven? ¿Qué habría pasado si el autor solo hubiera dejado, yo qué sé, una o dos?, ¿no habrían sido más efectivas? En un texto tan bien narrado, que fluye con tanta facilidad, estas frases se convierten en frenos, ante los cuales el lector no sabe qué hacer: si detenerse a reflexionar, o seguir leyendo, ignorándolos.</p> <p>Algo más: qué lástima que, por cuestiones de diseño, las bellas fotografías tomadas por Julio César Herrera hayan sido enviadas para las últimas páginas del libro y no estén ilustrando las partes del texto a las que van haciendo referencia. Qué rico, por ejemplo, que la foto de don Gonzalo Galvis apareciera entre los párrafos en los que él cuenta su historia, y que los paisajes de El Prodigio se pudieran ver mientras se lee sobre lo que sucedió en ese pueblo. ¿Caprichos de un lector amargado? A lo mejor.</p> <p>Por ahora no dejo de pensar en la palabra “volver”. ¿Volver? ¿Para qué?</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>	